

Salinas en la tierra de Guadalajara

Uno de los atractivos, de los muchísimos de que goza, la tierra/provincia de Guadalajara, son los espacios dedicados durante siglos a la extracción de sal, las llamadas "salinas" que hoy sirven más de atractivo turístico que de centro minero y manantial de riqueza, como lo fueron antaño, desde hace ya largos siglos.

En el extenso territorio de la provincia de Guadalajara destacan entre todas las Salinas de Imón. Es este un lugar incluido en el Común de Villa y Tierra de Atienza, siempre en el directo señorío del rey de Castilla. El aprovechamiento intensivo de sus afamadas salinas (de *Emona* se dice en los antiguos documentos) hizo que fuera especialmente cuidado y protegido por los reyes. Durante la Edad Media, y más aún durante la época de la Monarquía absoluta, las salinas de Imón quedaron bajo el control real. Sin embargo, los monarcas solían conceder aprovechamiento en ellas, o donativos de cantidades obtenidas de su explotación, a nobles cortesanos, a monasterios o instituciones benéficas. Alfonso VIII, el rey castellano que se distinguió por su cariño y protección a la Villa de Atienza y a todo su Común de Tierras, insistió mucho en su testamento para que la propiedad de las salinas de Imón quedara siempre por el Rey. No obstante, él otorgó importantes cantidades de ella a los monasterios de Sacramenia, las Huelgas de Burgos y al hospital de Burgos, dejando la décima parte de los impuestos en ellas cobrados al obispado de Sigüenza. Todavía en el siglo XVIII las salinas de Imón eran fuente de gran riqueza para el país. Carlos III ordenó su modernización construyendo amplios almacenes, nueva red de artesas, canales y caminos y organizó su explotación para sacarles gran aprovechamiento.

Hemos podido leer en un reciente libro que firma el arquitecto Antonio Trallero y sus colaboradores, no solo datos de su historia, o de las características geológicas del terreno y mecanismo de producción, sino la exposición al detalle de los edificios que quedan, las funciones de sus cuadrículados depósitos, de sus enormes almacenes, de sus norias y caminos... los almacenes de San José y de San Pedro, como elementos definitorios del espacio, se rodean de cientos de pequeños estanques que en unas épocas del año están llenos de agua (el río Salado, por supuesto, es el que las llena) y otras blancos y brillantes, exhibiendo al sol la sal que cuajó tras la evaporación de las aguas del río. Todo ello en un paisaje de sobriedad absoluta, en el que parece que estas salinas le ponen un encaje de bolillos a la parda tierra.

Encaje que se repite por muchas otras aldeas del entorno de Sigüenza y Atienza. Así ocurre en Cirueches, término de Carabias; en La Olmeda de Jadraque, donde existen unas salinas de rancio abolengo también, en uso aún. En Santamera, donde las salinas del Gormellón tienen la fuerza de una tradición de siglos. En Rienda, que aún ofrece sus estanques medio llenos medio vacíos. En Riba de Santiuste, en Valdealmendras, en Alcuneza..... son recuerdos apenas, huellas leves de la sal y la riqueza de tiempos medievales, que en el entorno de Sigüenza y de Atienza el viajero encuentra casi como por milagro.

Otras salinas en Guadalajara

La provincia de Guadalajara guarda en múltiples lugares la huella densa de su pasado salinero. Una tierra tan alejada del mar, tuvo que apanárselas para proveerse de sal con autonomía y a precios razonables. Por ello, desde siglos muy remotos, se montaron los ingenios suficientes para obtener y utilizar la sal disuelta en muchos de los ríos y arroyos que nacen en sus escarpadas serranías. Cuando la sal era una riqueza indiscutible, una moneda de cambio, un trofeo, y los más poderosos se afanaban en controlar su producción y su comercio, estas tierras de Guadalajara tenían numerosos lugares donde brotaba el mineral blanco y sucinto. El más señalado de estos lugares, sin duda, era Imón y los espacios diversos donde la sal se obtenía por evaporación de las aguas del río Salado, desde Valdelcubo y Paredes hasta El Atance, pasando por Riendas, La Riba, Olmeda, el propio Imón y Santamera, en un rosario de espacios salineros que

fueron conocidos, en su conjunto, como las salinas de Atienza, y de las que acabamos de hablar.

El Señorío de Molina tuvo sus salinas propias, que le dieron en la época medieval un punto más en su capacidad de independencia. Aunque utilizadas por los celtiberos y luego por los romanos (se han encontrado numerosos restos arqueológicos de esta época en sus inmediaciones), fueron los señores de Lara quienes comenzaron la explotación directa de la sal obtenida sobre diversos lugares del río Bullones. De un lado en *Terzaga*, *Armallá* y *Tierzo*. De otro, en *Traid*. Y escondido en un mínimo vallejo, *Valsalobre*. Estas salinas son nombradas en el Fuero de Molina, de mediados del siglo XII. Decía así este fuero: *Do a vos en fuero que siempre todos los vecinos de Molina y su término, así caballeros, como clérigos, eclesiásticos y judíos, prendan sendos cafices de sal cada año e se den en precio de estos cafices, sendos mencales, et prendan estos cafices en Traid o Almallas*. Estas salinas fueron usufructuadas en un principio por los condes de Molina, quienes paulatinamente fueron cediendo sus derechos a favor de nobles y monasterios. Sin embargo, a fines del siglo XIII, cuando el señorío molinés pasa a ser regentado por el rey Sancho IV, se dice que la sal de Molina y su Tierra pueda ser vendida libremente en toda Castilla. De 1481 es un privilegio de los Reyes Católicos sobre estas salinas, y en el siglo XVI alcanzan su auge y más intensa explotación, a raíz de pasar a ser administradas por los Mendoza de Molina, los condes de Priego. Finalmente, en el estado borbónico, pasaron a control directo de la Administración estatal, siendo rehechas tal como hoy las vemos.

Las Salinas de Armallá se encuentran en el municipio de Tierzo, y son atravesadas por la carretera que va de Molina a Checa. Su edificio central fue construido en la mitad del siglo XVIII. Su aspecto externo es realmente hermoso, y además muy funcional. Es de planta casi cuadrangular, con unos cuarenta metros de lado, y su interior, totalmente diáfano, ha adquirido una peculiar textura, muy suave, auténticamente aterciopelada por el efecto de la sal.

En un mínimo valle que se abre en la meseta alcarreña, y que baja al arroyo Lamadre y este al Linares, de siempre hubo aprovechamiento de la abundante sal que llevan sus aguas. El municipio donde asentó la más importante explotación es *Saelices de la Sal*, aunque también en *Riba de Saelices* y más abajo, sobre las aguas que todavía arrastran el mineral, en *La Loma* hubo pequeños aprovechamientos salineros. Aunque perdidos estos lugares en lo intrincado de la serranía del Ducado, estribaciones meridionales de las alturas ibéricas, desde lejos vinieron a aprovechar su mineral, que controlaba por entero la Corona.

Finalmente, en la misma orilla derecha del río Tajo, del más bravío tramo en término de *Ocentejo*, se encuentran las Salinas de la Inesperada, que se abrían en una estrecha línea de terreno en alto junto al río, con breves recocederos y un almacén o caserón que hasta no hace muchos años se encontraba lleno del mineral blanco, solidificado y abandonado a su suerte, pues aunque la salinidad de las aguas del manantial que nutría estas salinas era extremadamente potente, lo caro de su explotación hizo que no hace muchos años se abandonara. Un transbordador sobre el río permitía el paso de la sal hacia su orilla izquierda, y la posibilidad de ser llevada más rápidamente hacia Cuenca y el Levante.

Antonio Herrera Casado
Cronista Provincial de Guadalajara

